

La Lectura



Popular



PUBLICACIÓN QUINCENAL DEDICADA A LAS CLASES TRABAJADORAS

ORIHUELA

DE CLARIDAD EN CLARIDAD

El artículo que publicamos en 15 de Junio último titulado *Justicia Divina* ha producido viva impresión en el ánimo de los que lo han leído y no falta quien desee que lo reproduzcamos. Esto revela que aun los criterios más identificados con el nuestro, no habfan parado la atención en el desarrollo de los sucesos que nos rodean y empujan formando la corriente que pudiéramos llamar de actualidad.

To be or not to be that is the question dice un proverbio inglés.

Ser, ó no ser.

Si somos católicos, preciso es discurrir como tales tomando como base de nuestros raciocinios lo que la fé nos enseña respecto á los planes de la divina Providencia que no son ni pueden ser otros que la mayor gloria de Dios y el triunfo social de Jesucristo.

Mi reino no es de este mundo dijo el divino Salvador.

Pero cuando Pilatos le replicó *¿Luego rey eres tú?* contestó en el acto.

Tu dices que yo soy rey. Yo para esto nací y para esto vine al mundo, para dar testimonio á la Verdad.

¿Hay aquí contradicción? No.

Jesucristo no reina como los demás reyes: pero reina y reinará cada vez más intensa y extensamente sobre todos ellos y por consiguiente sobre todo el mundo por la entronización de la *Verdad* que es El mismo.

Los reyes, pues, los fuertes de la tierra, sus ejércitos, sus barcos, sus cañones, parece que sirven exclusivamente á intereses terrenos, pero sin darse cuenta de ello, á quien sirven es al gran Rey cuyo triunfo no puede faltar.

¡Gloria á tí Rey divino: Verdad eterna que aunque te persigan, crucifiquen y sepulten poniendo sobre tí la losa de todos los errores y enconos de la tierra,

no podrán impedir que reines sobre tus enemigos.

* * *

En el artículo á que antes nos referíamos hacíamos ver como la mano de Dios va preparando el triunfo de la Iglesia por medio de los mismos que la combaten.

Pero nos faltó tocar un punto que vamos á tocar hoy.

¿Quién habla de decir que la guerra que las sectas hacían en Filipinas á las órdenes religiosas habla de ser precisamente causa de que éstas fuesen allí más respetadas y pudieran ejercer en adelante con más libertad su civilizadora misión?

En un discurso dirigido á la Unión Social Presbiteriana de Filadelfia, Mr. W. H. Taft, Secretario de Guerra, y hasta hace muy poco gobernador de Filipinas, dijo lo siguiente que confirma nuestro aserto.

«Nuestra actual esperanza para hacer de la gran masa de filipinos ciudadanos buenos y útiles, es hacerles antes buenos católicos. El pueblo de los Estados Unidos ha mirado el problema religioso con un espíritu razonable, tolerante y católico, que ha hecho fácil su solución. El asunto de la Iglesia en Filipinas abarca toda su historia.

»Retrocediendo al principio de la ocupación española, encontramos á los héroes del cristianismo, los sacerdotes y los frailes españoles, á la vanguardia. Delante de los soldados, con ellos y en pos de ellos, iban siempre los valientes hijos de Dios, empuñando solamente la Cruz.

»Cuando España vió que Filipinas no tenían oro ni la rica especiería que producían otras islas de su Reino, trató de abandonarlas y los frailes se opusieron á semejante medida.—Aquí está nuestra mies de almas—dijeron;—he aquí la cosecha de Dios. No es justo que dejemos á esta pobre gente, privándola de la luz que apenas ha vislumbrado.

»Y España cedió. Los frailes fundaron parroquias y enseñaron el Catecismo y cosas útiles; y así es como nos hemos encontrado con más de cinco millones de ma-

layos cristianos en estado de recibir nuestra civilización.

»Nadie puede acusarme de parcialidad respecto á los frailes; pero quiero dar testimonio de las obras y de la utilidad de estos varones de Dios. Los Dominicos fundaron la Universidad de Santo Tomás en 1610, mucho antes del establecimiento de Harvard Yale, ú cualquiera otra Universidad americana.

»Se ha acusado á los frailes de haber obtenido sus haciendas por medios injustos. También se les acusó de opresores de sus terratenientes. Yo no he podido encontrar prueba alguna que justifique semejantes acusaciones».

Después de estas palabras dígasenos si no es cierto que de claridad en claridad se va viendo cada vez más patente la mano de Dios rigiendo los destinos de las naciones y obligando á sus enemigos á realizar los planes trazados por su justicia.

ADOLFO CLAVARANA.

MÁS LUZ Y MAS JUSTICIA

Al católico de sincera fé le es muy fácil ser sociólogo y profeta, porque conoce de antemano el número que ha de resultar premiado en la lotería de los intereses humanos.

Y también conoce á los jugadores que en esa lotería han de salir con las manos en la cabeza.

La triste figura de Combes el perseguidor de la Iglesia con su antipática nariz judaica, figura tan apropiada para un cuadro de ruleta, no obtendrá nunca el pleno.

Desdichados los políticos que juegan entusiasmados apuntando á las radicales orientaciones de esa nariz.

Y no lo decimos solo por los Canalejas, Monteros y Compañía, aspirantes al entronizamiento del anticlericalismo español.

Nos referimos en general á todos los

estadistas de bajo vuelo que van oliendo donde guisan para asegurar su participación en todo guisado y no perder la tajada.

Lleven cuidado y mirense en el espejo del compadre Combes, cuya estrella política declina al ocaso para hundirse en una charca de cieno, la misma en que se hundió Crispi y se hundirán todos los émulos de Judas el ahorcado.

La justicia no falta nunca. Podrá paliar en ciertos casos (nosotros tenemos uno muy reciente) pero tarde ó temprano la mano de Dios se encarga de liquidar la cuenta de cada uno.

Lo siguiente que leemos a propósito del escandaloso asunto llamado *el millón de las Cartujos* da una idea de la situación que se va poniendo el anticlericalismo francés al cual tratan de imitar los Combes esparoles.

Habla el corresponsal de *La Verdad* de Murcia.

«Cuando un buque se hace viejo y amenaza naufragar, las ratas le abandonan. Las ratas de la prensa parisiense llamada «La Lanterne», «L' Actions», «Le Siècle», etc., están abandonando á galope el buque del combismo: el naufragio no puede tardar.

Al partir para el destierro, el Superior de la gran Cartuja escribió una carta de despedida á Combes, apelando de los jueces de la tierra al juez Supremo, y emplazándole ante el tribunal de Dios, «allí donde no valen las intimidaciones, ni los efectos de elocuencia, ni los torneos de tribuna, ni las maniobras parlamentarias, ni la falsificación de documentos, ni las mayorías complacientes.»

«Los dos somos viejos, añadía el religioso expulsado, y no hemos de esperar mucho tiempo la hora de la justicia.»

La han esperado menos de lo que suponía la profética epístola, pues ha sonado en la tierra misma.

La comisión parlamentaria investigadora, presidida por el Sr. Flandín, á pesar de sus visibles deseos de salvar no la cartera, pero sí la honra del Sr. Combes, va á verse negra para conseguirlo, y todo hace preveer que no va á poder preservarle ni de la dimisión ni de la infamia.

El justiciero ha sido su propio cómplice, el Sr. Lagrave.

El hijo de las logias ha perdido la paciencia, y no se presta al papel de víctima expiatoria, á que lo sentenciaban los dos Combes el grande y el chico.

Ayer habló sin pelos en la lengua, aceptando resueltamente la batalla, y pidiendo ser confrontado con el presidente del Consejo, con su hijo y secretario general

y con el juez instructor, Sr. de Valles, y véase lo que resultó de aquellas confrontaciones.

La génesis del escándalo, según el señor Lagrave, fué lo siguiente:

En Diciembre de 1902, con motivo del regalo de cien mil francos hecho al comité Mascurang por Chavert, el Sr. Lagrave dijo á su amigo íntimo Edgardo, como una cosa completamente al aire, que también se podía sacar á los Cartujos un par de millones para gastos electorales ú otros, con la promesa de autorizarlos.

El joven Edgardo tomó aquello como un chiste, y ni le dió importancia, ni habló de que su padre le tiraría por la ventana, y lejos de incomodarse retuvo á su amigo Lagrave á almorzar.

Cuatro meses después, en Abril de 1903, Edgardo llamó á Lagrave y le dijo: «Puede usted prestarme un servicio inmenso; se me acusa de haber querido sonsacar un millón de francos á los Cartujos, acusación embustera, pero de la cual me es muy difícil sincerarme jurídicamente; sería un gran argumento en favor mio el alegar que usted me ofreció, no un millón, sino dos, en Diciembre, y que los rehusé—esto me pondría en muy buena postura; permítame usted que le cite como testigo ante el juez instructor, y deponga usted en esos términos.

Lagrave accedió al ruego, á condición de que no se mezclase en esta mentira el nombre de Chavert, condición que Edgardo rechazó, quedando las cosas sin arreglarse.

Aquella misma noche Lagrave fué llamado á la presidencia del Consejo é introducido por Edgardo en el despacho de su padre, quien le reiteró el mismo ruego, suplicándole hiciera aquella falsa declaración. Renovó Lagrave la condición de callar el nombre de Chavert, y al fin acabaron por aceptarla los dos Combes, y al día siguiente fué citado como testigo el Sr. Lagrave ante el juez señor de Valles,

«Acudí á la citación (traduzco literalmente las palabras del Sr. Lagrave) y empecé á declarar como había ofrecido, cuando á mitad de mi declaración entró en el juzgado el Sr. Combes hijo, cuya intervención me sorprendió desagradablemente. Me dictó el final de mi posición y releyendo la parte anterior á su llegada, hizo corregir en los autos unas palabras que no le convenían, y donde yo había dicho que los dos millones se depositarían en una caja pública, mandó poner que los dos millones se entregarían directamente al gobierno.»

Llamado por la Comisión Flandín, el

juez instructor de Valles, confirmó plenamente esas aserciones.

—¿Cómo consintió usted que se corrigiese la declaración de un testigo juramentado, y en cosa grave y esencial?—preguntó uno de los comisarios,

—Porque pensé que se trataba de un error de memoria, y que los dos testigos, cuidadosos de ajustarse meticulosamente á la verdad no perseguían otro fin que el de ponerla muy en claro. El Sr. Lagrave me dijo primeramente que los dos millones ofrecidos irían á las cajas públicas; El Sr. Edgardo Combes como quien le refresca la memoria, le recordó que aquellas sumas se ofrecieron no al Erario, sino á su padre mismo, y el otro convino en que así era; ¿podía yo negarme á la raspadura, cuando los dos estaban de acuerdo?»

Confrontación con los dos Combes: los dos se llamaron Juan Niega.

Lagrave refregó por las narices á Edgardo una carta que le mandó desde los Estados Unidos relativa al asunto, y cuyo borrador enseñó.

—No he recibido nunca semejante carta—exclamó el aprendiz á concusionario.

—No sólo la ha recibido usted—replicó el otro,—sino que después me ha hablado usted de ella repetidas veces.

—Miente usted.

—¡Usted es el que mientel

Y los comisarios tuvieron que separarlos para que no se arañaran.

Confrontación con el padre Combes: se repite la escena. El presidente del Consejo niega todo, absolutamente todo; ni ha recibido á Lagrave en su despacho aquella noche famosa, ni casi le conoce más que de oídas, ni le dijo nunca que fuese á declarar delante del juez instructor, ni sabe de él otra cosa más que lo que le contó Edgardo de que había intentado sobornarle por dos millones.

—A lo menos eso lo sabía usted—pregunta un comisario.

—Sí, lo sabía.

—¡Y sabiéndolo ha mantenido usted al señor Lagrave como representante de nuestra nación en San Luis!

—Porque no quería que se hiciera público este asunto tan vergonzoso.

—De suerte—intervino otro comisario—que Lagrave se volvió á los Estados Unidos, como delegado del gobierno, sin que usted le recibiese siquiera.

—Perfectamente—contestó «el tío Combes»,—no le recibí.

Y entonces el indiscreto comisario sacó de una gran cartera un fajo de periódicos del 16 de Abril, reproduciendo todos, impresa naturalmente, la nota oficial

pasada por el gobierno á la Agencia Habas, relatando la audiencia de despedida concedida por el Sr. Emilio Combes al Sr. Miguel Lagrave el 14 del mismo mes, antes de que el último se embarcase para América...

—Consentí que se publicase esa nota contraria á la verdad—balbuceó Combes.—para que el Sr. Lagrave no sufriese en su prestigio al llegar á los Estados Unidos.»

Y ahora sí que se pierde la brújula en este mar de mentiras á cuál más monstruosa.

Lo mismo da que tenga razón el uno que el otro.

Si la versión de Lagrave es exacta, y si fué recibido por Emilio Combes, este es el más redomado embustero.

Si no fué recibido, sigue siendo lo mismo, pues anunció oficialmente la audiencia, «para que no sufriese en su prestigio» un hombre, según él, concusionario, corruptor y desprestigiado ya.

Y aquí no queda el recurso de atribuir el enredo á los jesuitas, pues el Sr. Lagrave, cuya rapidísima carrera narré en otra carta, es el niño mimado de la francmasonería, amamantado por las logias desde su más tierna infancia, y Combes, aunque entró en la cofradía del mandil mas talludito, también es de los peces gordos de la misma.

Cuando tales crujidos se sienten en la nave ministerial, no hay nada de extraño en que la abandonen las ratas que mencioné más arriba, y que solo queden en ella los ratoncitos ingenuos, que se encuestran bien dentro del queso, y piensan que no se va á acabar nunca.»

Así como las grandes heregías acaban siempre en bodas; del mismo modo las revoluciones acaban en estafas.

ADOLFO CLAVARANA.

SECCION RECREATIVA

Las tres cosas

del tío Pedro.

I.

No sabía á punto fijo Marcos Rodínez, rico fabricante de paños de Villahonrada, si el deseo que experimentaba por casarse con la linda Emerenciana, hija única del tío Pedro, sargento de la benemérita retirado y estancero del pueblo, nacía de las gracias personales de la doncella, ó de la fama bien fundada de mujer honrada y muy de su casa que la distinguía y colocaba á cien codos sobre las demás muchachas casaderas del pueblo. Aunque á decir verdad, más parte tenía lo segundo que lo primero en las ansias matrimoniales de Marcos, hombre, aunque joven, muy positivista, como criado sin madre, á la que perdió en sus más tiernos

años, y educado por un padre únicamente atento á mejorar su hacienda y á dejar en su hijo un digno representante del arte pañeril de los Rodínez, que desde siglos remotos habían tomado á su cargo la tarea de vestir al desnudo, no por obra de misericordia, sino por industria lucrativa.

Ello es que le gustaba la muchacha, y como la quería con buen fin, y por otra parte no había, aunque varias veces lo había intentado, medio de hablarle á solas, tal era la vigilancia con que su padre velaba por ella, y lo que ella misma á fuer de doncella honesta se guardaba, decidió irse derecho al asunto por el camino más corto, que era el de pedir al estancero la mano de Emerenciana á fin de salir de una vez del paso en que le había metido el deseo de dar una dueña á su fábrica de paños.

Y dicho y hecho; como en Marcos Rodínez el concebir una idea y el ejecutarla eran para él dos tiempos correlativos de una misma acción, se presentó una mañana en el estanco de Villahonrada haciendo en forma al tío Pedro su petición matrimonial, no sin hablar de la cuantía de sus bienes de fortuna, por juzgarla argumento irresistible para la pobreza de la muchacha, y habido en cuenta el deseo de su padre de no cerrar el ojo si dejara bien colocada,

Pero el tío Pedro, dicho sea en su honor, que muy grande lo es en los presentes tiempos no dejarse alucinar por la riqueza, lejos de abrir de par en par á Marcos Rodínez la puerta por donde querían entrar sus deseos, comenzó por responderle que ni él ni su hija eran piezas de paño, cuya adquisición estribaba en el precio, y que sin decirle que si ni que no en aquel momento, aplazaba su contestación hasta despues de haberlo consultado con su hija, con el cura del pueblo y con la almohada, ó sea hasta el día siguiente en que le haría saber el decreto que correspondía poner al memorial de sus pretensiones matrimoniales.

Con esta atinada y discretísima respuesta volvióse el pañero á su fábrica, hasta que el sol llegó otra vez por sus pasos contados á iluminar á Villahonrada, y como su aparición en el horizonte del pueblo era la señal del termino de las dudas é inquietudes de Marcos, tornó éste al estanco, donde le recibió cortesmente el tío Pedro que comenzó á hablar de esta manera:

—He tratado con mi hija la pretensión de V., y debo decirle que pesados el pro y el contra que tienen todas las cosas de este mundo, la balanza se inclina á favor de V.; quiero decir, que Emerenciana no siente la menor repugnancia en darle su mano, aunque como hija obediente y sumisa se atiende en este punto á lo que yo en última instancia determine.

—¿Y V. qué determina? preguntó el pañero con zozobra, y no lejos de temer que la decisión del tío Pedro echase por tierra sus esperanzas.

—A eso vamos, respondió el estancero. Por lo pronto, y á fin de que no se llame á engaño, le diré de una vez que mi hija no se casará sino con el hombre que cumpla las

tres condiciones que á todo pretendiente á su mano pienso imponerle.

—Puede V. poner las que quiera, que desde ahora las acepto, incluso el dotar á su hija con la mitad de mi fortuna.

—Cepos quedos, Sr. Maacos, porque si prosigue V. por ese camino se expone á desandar en un momento lo que lleva andado en un día. Ni mi hija ni yo vamos tras el vil interés, y lo que únicamente queremos es que el que haya de llamarse su marido sea como Dios manda, porque el dinero va y viene como arcaduz de poría y las malas ó buenas cualidades no se mudan sino por la gracia de Dios ó por artes del demonio.

—Pues, en lo que toca á buenas cualidades, no temo que nadie me eche la zancadilla ni en el pueblo ni en veinte leguas á la redonda. Que á trabajador no hay quien me gane, y de mis demás condiciones no se hable, que ni soy jugador, ni borracho, ni penden-ciero, ni alegre de cascos, ni tengo otras aficiones que la de estar siempre al yunque para aumentar la fortuna que me dejó mi padre. Hombres de mi temple, aunque me esté mal el decirlo, son los que necesitaba la nación para no verse tan arruinada como se encuentra. ¡Trabajo y mas trabajo! Que donde hay trabajo hay vida y prosperidad y riqueza.

—Bueno es el trabajo, replicó el tío Pedro; pero no sólo de pan vive el hombre. Pero vamos á las condiciones. Estas son que durante tres meses vaya V. todos los días á la ermita de San Blas y á la hora de la primera Misa, y me traiga un poco de aceite del Santo, que es para mi el único remedio del mal de garganta que padezco; que despues dé V. un rato de conversacion al ciego que pide á la puerta de la ermita, y que todas las tardes haga V. una corta visita á la tia Mónica, la paralitica. Si cumple V. esas condiciones, y en ese tiempo adquiere V. algo que, al parecer de mi hija y al mio, le falta para ser un excelente marido, suya es su mano; si no, no hay nada de lo dicho, y ta- amigo como antes

Perplejo quedó Marcos Rodínez con la salida del tío Pedro; mas como sólo podía optar entre tomarlo ó dejarlo, optó por lo primero, y se volvió á sus paños, dándose de calabazadas para adivinar si todo aquello no seria burla del estancero para hacerle desistir de sus pretensiones matrimoniales, ó capricho de un cerebro perturbado por el desgaste de los años.

II.

Pero, por sí o por nó, determinó cumplir las condiciones que le había impuesto el estancero para obtener la mano de Emerenciana, y al día siguiente, antes de que la campana de la ermita tocase el *Angelus*, ya estaba Marcos á su puerta, algo molesto por el temor de que alguien le viese. ¡Á él que hacía alarde de no tener otra religión que su trabajo! Aunque bien pronto le tranquilizó la idea de que, dado lo temprano de la hora y la distancia á que el santuario se hallaba del pueblo, un buen cuarto de legua, no encontraría á nadie, ó todo lo más á dos

ó tres viejas santarronas, de las que se equivaría del mejor modo que pudiera. Lo de conversar con el ciego que pedía á la puerta de la ermita le parecía una insigne majadería, lo mismo que la visita á la parálitica; pero como todo ello se reducía á unas cuantas palabras de buena crianza, aparte de la pérdida del tiempo que esto suponía, ningún perjuicio le habría de venir por ello, ni era tan grande esa pérdida que no pudiera subsanarla redoblando su vigilancia en la fábrica el resto del día, y haciendo sudar, más de lo que hasta entonces acostumbraba, á sus infelices operarios.

Lo que sí le preocupaba algo era aquello de que, cumpliendo con las obligaciones que le había impuesto el tío Pedro, llegaría á tener algo que le faltaba para ser un excelente marido. Porque, ¿qué podría conseguir yendo á buscar con una alcuza, como si fuera una vieja, el aceite de San Blas, y hablando con el ciego y la parálitica? Aquello era para volverse loco: pero ¡ya se lo diría el tío Pedro cuando fuese su suegro y le colocara en lugar del capataz que tenía en la fábrica, para que todo, como vulgarmente se dice, quedara en casa!

Con estos pensamientos se encaminó al día siguiente á la ermita, pensando en llegar y besar al santo; es decir, como besarle no pensaba Mareos en tal cosa, pues bonito era él para semejantes pamplinas, que así llamaba á todos los actos devotos; pero pediría el aceite bendito, pagaría por él lo que fuera de razón, y después de gastar dos cuartos de conversación con el ciego se volvería á su fábrica, á la que llegaría, después de dejar el aceite en el estanco, á tiempo de ver entrar á los trabajadores, y allí esperaría la hora de visitar á la parálitica, y en paz hasta el día siguiente:

Y sucedió que nuestro hombre se entró por la ermita como Pedro por su casa, es decir, sin mas reverencias ni más genuflexiones que las que empleaba para andar por la fábrica; y lo primero que vió además de las dos ó tres viejas santarronas, con cuya presencia contaba, fué á una docena de hombres que arrodillados con suma devoción, asistían á la celebración del santo sacrificio de la Misa.

—¡Hato de holgazanes! exclamó para sí Marcos. Valiera más que en lugar de estarse ahí dando golpes de pecho, fuérais á buscar trabajo, y no que de aquí saldreis á mendigar por esos caminos, y ¡quién sabe! si á hacer otra cosa peor.

Pronto, sin embargo, vióse obligado á mudar de opinión, cuando la creciente luz del día le permitió ver á aquel «hato de holgazanes» en el que reconoció á los mejores trabajadores de su fábrica, y su admiración subió de punto cuando se acordó de que aquellos hombres vivían á media legua de los talleres, en dirección opuesta á la en que la ermita se hallaba, lo que suponía una caminata de legua y media antes de entregarse á las faenas diarias de su oficio.

—¡Cuanto puede la superstición! añadió á modo de correctivo á la admiración que

le había causado la conducta de aquellos obreros.

Pero es el caso que, á pesar de su fallo de persona despreocupada, cómo él se llamaba, aquella actitud humilde de unos hombres que sabía lo eran en toda la extensión de la palabra, le atraía con un encanto que no podía definir, y para romperlo aprovechó el paso del sacristán de la ermita por la nave, y alcuza en mano le pidió un poco de aceite de San Blas. Dióselo el sacristán, y al preguntarle el precio, aquél le contestó:

—Este aceite no se vende; pero si usted quiere dar una limosna para el Santo, puede echarla en aquel cepillo.

Hízolo así Marcos, cada vez más admirado, y después de esperar en el ángulo más obscuro de la ermita á que de ella salieran los obreros, se salió á su vez para cumplir la segunda de las condiciones del tío Pedro, que, como ya sabemos, era la de hablar un rato con el ciego que postulaba á la puerta del santuario. Llegóse á él Marcos, y para entablar conversación con el pordiosero no halló otras palabras que las siguientes:

—¡Mala vida lleva usted, amigo!

—¿Mala? respondió el ciego. No me la dé Dios peor, que otras son más dignas de compasión que la mía.

Aquella respuesta dejó al pañero como quien ve visiones, y sin saber ya, como vulgarmente se dice, por donde se andaba, replicó:

—Pero ¿no está usted desesperado?

—¡Desesperado! ¿y por qué?

—¡Hombre! Por la falta de vista y la pobreza en que se encuentra.

—Le diré á usted, señor. La falta de vista no es ningún plato de gusto, que se diga, pero confío si llevo esta cruz con paciencia, ver á Dios por toda una eternidad, y esto templa mi pena. Y en cuanto á mi pobreza, aunque grande, no lo es tanto que deje de proporcionarme mal que bien el sustento del día, gracias á las buenas almas, y sobre todo, á la eficacia de la oración en que nos enseñó Nuestro Señor Jesucristo á pedir á Dios el pan nuestro de cada día, y que nunca deja defraudado al que le reza con devoción.

Aquello fué para Marcos el asombro de los asombros. ¡Cómo! ¡El, que tenía el dinero á espuestas, y que sudaba y se afanaba por tener cada día más, sufría horriblemente por el menor contratiempo y desconfiaba del éxito de sus especulaciones, y aquel infeliz falto del sentido corporal más importante, y sin más apoyo que el precario de la limosna, descansaba tan confiado en un poder sobrenatural! ¿Qué mundo era aquel, tan desconocido hasta entonces para él, en que los fuertes se humillaban, como acachaba de ver á sus mejores obreros, y los débiles se levantaban con las alas de una esperanza fuera de todas las combinaciones y cálculos humanos.

Sin saber qué decir ni qué pensar, alejóse Marcos del ciego, y después de entregar el aceite al estanquero se encaminó á su fábrica, donde con más insistencia que á los demás vigiló á los obreros que por la mañana

había visto en la ermita, y pudo convencerse nuevamente de que eran los que con más asiduidad trabajaban y más cuidado ponían en la perfección de sus labores. En esto llegó la hora de visitar á la parálitica, y allí le esperaba otro ejemplo de la virtud cristiana, y un motivo de remordimiento para su conciencia, hasta entonces dormida; pues al interrogar á la anciana, supo que era viuda de un trabajador de su fábrica, muerto a consecuencia de haber sido cogido por el volante de una de sus máquinas. Pero lo que más le llegó al alma fué ver que, mientras él no había vuelto á acordarse de aquel obrero muerto en su servicio, gran número de personas casi todas ellas pobres, llenaban cerca de la enferma los oficios de una caridad á que él, más que nadie, se hallaba moral y materialmente obligado. Socorrió abundantemente á la viuda, y volvió á su fábrica con pensamientos muy diferentes de los que embargaban su espíritu al comenzar aquel día, y entre las pesadillas de un sueño agitado vió varias veces un resplandor vivísimo, en el que, escritas con letras de fuego, se destacaban las palabras siguientes:

«Cree, espera, ama.»

III

¿Necesitaríamos decir el final de esta peregrina historia?

Seis meses después de los hechos que acabamos de narrar, salía de la ermita de San Blas un hombre limpio de culpas en el santo tribunal de la Penitencia, y con el alma confortada con el Pan de los Angeles. Era el pañero, que con andar apresurado se encaminaba al estanco del tío Pedro, y una vez en presencia del sargento retirado de la benemérita, le dijo estas palabras:

—Padre, si es que me permite V. que le dé este nombre; he cumplido las condiciones que V. me impuso hace seis meses, y adquirido la fe, la esperanza y la caridad, que creo eran las tres virtudes que me faltaban para ser un buen marido. ¿Puedo contar con la mano de su hija?

—Tómala, respondió el estanquero, que bien la has ganado; y no olvides en adelante que es bueno el trabajo santificado por Nuestro Señor Jesucristo. pero mejores son aún las virtudes, porque no sólo de pan vive el hombre.

Dionisio Rojas,

REVISTA POPULAR

LA LECTURA POPULAR

Esta publicación tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague más fácilmente.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN DIRECTA

Una acción . . .	4 pesetas mensuales
Media id.	2 » »
Un cuarto id. . .	1 » »
Un octavo id. . .	0'50 » »

Por medio de correspondencia 25 céntimos más por acción mensual, siendo para la península.

Dirigir la correspondencia á D. Pascual García, administrador de este periódico, Orihuela. Puede hacerse también la suscripción en Madrid en la administración de *La Semana Católica*, Pas 6, principal.

Imp. de LA LECTURA POPULAR